

cha en la reina viuda, se apresuró á manifestarla su íntima adhesión como buen hijo y como leal vasallo, conquistándose con su abnegación las simpatías de los pueblos.

No tuvieron los toltecas motivo para arrepentirse de la elección hecha. La prudente reina, siguiendo en su reinado las benéficas huellas de su esposo, dictó sabias providencias que, dando resultados fructíferos, derramaron en la sociedad la abundancia y la ventura. Nuevos proyectos que aumentasen el bienestar de sus vasallos ocupaban la mente de la soberana, cuando la muerte vino á sorprenderla en su camino de progreso.

Cuatro años condujo la nave del Estado por rumbo venturoso, y al dejar de existir en 1042, dejó viviente en la memoria de sus vasallos los beneficios de su gobierno.

Bajo los venturosos gobiernos de esa pléyada de benéficos reyes que por espacio de 304 años dirigieron los destinos de la monarquía tolteca en Tula, el aspecto del país había tomado un tinte encantador. La población, creciendo de una manera prodigiosa, se había extendido hasta los confines más apartados del Anáhuac (1), y en todas partes levantaba pueblos y ciudades que recibían la vida de la agricultura y de las artes.

Pirámide de Cholula. Durante esos reinados de inalterable paz y de ventura fué cuando los toltecas, animados de un espíritu religioso altamente marcado, levantaron la arrogante pirámide de Cholula, grandioso monumento fabricado en honor de su querida divinidad Quetzalcoatl,

(1) Ixtlilxochitl, *Hist. de los chichimecas*, 1115, cap. 73. Esta obra, y otras del mismo autor, descendiente por línea recta de los reyes de Acolhuacan, se hallaban en la librería del colegio de San Pedro y San Pablo, en la ciudad de Méjico.

dios del aire, cuyos admirables restos están patentizando al mundo su grandiosidad pasada: pirámide ó *teocalli* de soberbia magnitud que se levanta arrogante, excediendo en longitud aparente de su base á la de todos los edificios de su género encontrados por los viajeros en el antiguo continente; base de doble magnitud de la que cuenta la gran pirámide conocida con el nombre de Cheope, y monumento en fin que ostenta tres metros más de altura que el Mycerino, ó la tercera de las grandes pirámides egipcias del grupo de Djyzeh (1).

1042. Muerta la excelente reina Xiuhltaltzin, Tepancaltzin, 8.º rey subió á ocupar el trono el primogénito Tepancaltzin, que se había manifestado respetuoso y obediente con su madre y soberana.

La cultura y la civilización habían caminado en escala ascendente desde el primero de los reyes toltecas hasta el nuevo monarca que acababa de empuñar el cetro. Cultura y civilización relativa, es cierto, al estado que guardaban las otras tribus de la América; pero que revelaban una inteligencia clara, y que procedían, á juzgar por la forma de su gobierno, de una nación adelantada que había sufrido, como dice Humboldt, grandes trastornos en su estado social. Nada arguye con más poderosa fuerza en favor del estado de adelanto de la nación tolteca, que las mismas obras que legaron al mundo para que fuesen juzgadas

(1) Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva-España*.

Boturini ha sufrido un error al creer que la pirámide de Cholula fué edificada para salvarse en ella los toltecas, en caso de otro diluvio. Locura hubiera sido hacerlo con ese intento, puesto que ella no bastaba á contener todos los habitantes de un reino, y cuando muy cerca existían muchas y elevadas montañas de superior altura.

por la posteridad. Conocedores del uso de las pinturas jeroglíficas, los toltecas sabían transmitir, por medio de ellas, sus pensamientos y sus ideas; referir los hechos pertenecientes á la historia hasta con sus mas ligeros detalles; expresar sus afectos mas íntimos y dar á conocer el seguro curso y el movimiento exacto de los astros. Artífices inteligentes, trabajaban, con exquisito gusto, las piedras preciosas: eran admirables en la fundición del oro y de la plata, y sabían dar, por medio de perfectos moldes, las formas mas caprichosas á esos dos ricos metales, de que hacían graciosos pajaritos, brillantes mariposas y delicados objetos dedicados al adorno y la compostura. Los dibujos de pluma y los finos tejidos de algodón eran de un mérito notable; y los edificios que levantaron, los templos que construyeron y los caminos que dejaron, serán siempre el testimonio irrecusable que certifique el adelanto de los primeros pobladores del Anáhuac.

Para los que hayan leído el desfavorable y ofensivo juicio emitido por el escritor Paw en sus *Investigaciones filosóficas* respecto de los indígenas de la América, la pintura que de los toltecas acabo de presentar parecerá acaso lisonjera y parcial. Nada, sin embargo, está mas lejos de mí que la parcialidad.

El expresado escritor Paw, obedeciendo, sin duda, á los impulsos de una imaginación vivísima y creadora, y juzgando á los primitivos habitantes de la América por algunos rasgos particulares de sus costumbres, ha dejado correr su pluma dominado de una prevención desfavorable hácia ellos, muy comun, por desgracia, entre la mayor parte de los escritores extranjeros que visitan aquellos países. Pre-

ocupado su ánimo con la idea falsa, que por cierta la presentaba su imaginación por falta de un exámen detenido, el señor Paw no concede á los indios mas que una memoria limitada y frágil que les hace olvidar hoy lo que practicaron ayer; un ingenio obtuso que no les permite pensar ni ordenar sus ideas; una voluntad fria, incapaz de sentir los estímulos del amor; un ánimo apocado y mezquino; un genio indolente y estúpido; y una alma, en fin, muy inferior á la de los demás hombres, y muy poco superior á la de los seres irracionales.

Por fortuna de la verdad histórica, al lado de la opinión errónea y ofensiva del filósofo Paw, se encuentran los escritos intachables de Hernán Cortés, de Bernal Díaz, de Solís y de todos los autores españoles, ensalzando la inteligencia, el valor, el claro ingenio y las notables obras ejecutadas por los indios, que ellos tuvieron proporción de admirar al poner su planta en el Nuevo-Mundo.

Humboldt, excepción honrosa de las pocas que se cuentan entre los extranjeros que han escrito de las cosas de Méjico, hace una pintura brillante de la cultura y adelantos de los toltecas, que está en armonía con la de los mas ilustres autores antiguos españoles y mejicanos. «Los toltecas, dice, introdujeron el cultivo del maíz y del algodón, edificaron ciudades, construyeron caminos, y principalmente las grandes pirámides que aun hoy día admiramos, y cuyas caras están perfectamente orientadas. Conocían el uso de las pinturas jeroglíficas, sabían fundir los metales y cortar las piedras mas duras; y tenían un año solar mas perfecto que el de los griegos y de los romanos.»

Despues del respetable parecer del juicioso baron de Humboldt, nadie podrá poner en tela de duda la inteligencia, cultura y adelantos de los toltecas.

Lejos estoy de pretender, al hablar de la civilizacion tolteca, que se la quiera nivelar con la civilizacion de otros pueblos de Europa en la misma época. Las condiciones de ambos continentes habian sido muy distintas. Los pueblos de Europa habian seguido comunicándose progresivamente sus luces y sus adelantos, mientras los habitantes de la América, aislados, privados de toda comunicacion con el resto del género humano, debian á sus propios esfuerzos la civilizacion que mostraban. Pero comparando los adelantos de los toltecas en las circunstancias que en él concurrían, con otros del antiguo continente, cuando se encontraron en parecidas ó iguales, preciso es confesar que los resultados de la comparacion no resultan desfavorables á los primeros.

No ha existido historiador ninguno imparcial, que no haya hecho justicia á los toltecas, presentándoles como un pueblo relativamente culto. Ellos fueron los inventores, en América, ó por lo menos los reformadores del arreglo del tiempo que adoptaron todas las naciones de Anáhuac; y es sabido que el arreglo del año civil que éstas tenían, estaba perfectamente de acuerdo con el solar, por medio de los dias intercalares, como lo tuvieron los romanos despues de la correccion de Julio César, dejándose admirar en él la mayor exactitud.

Religion de los toltecas. Opiniones sobre si sacrificaban ó no víctimas humanas. A la inteligencia clara de que los toltecas estaban adornados, reunian un carácter pacífico, mas inclinado al trabajo y al cultivo de cosas útiles, que á las guerras, siempre des-

tructoras. Estas bellas cualidades que distinguian á los toltecas y la carencia de datos respecto de los actos de su religion, ha inducido á creer á algunos escritores que, aunque idolátrica, como realmente era, acaso no tenían la terrible costumbre de sacrificar víctimas humanas. «Fueron,—dice el ilustre escritor Clavijero,—los inventores de la mayor parte de la mitología mejicana, pero no sabemos que usasen aquellos bárbaros y sanguinarios sacrificios que despues se hicieron tan frecuentes entre las otras naciones.»

Si pudiera asegurarse que, con efecto, en medio del adelanto á que habian llegado, se hallaban exentos de la costumbre de sacrificar á sus falsas divinidades víctimas humanas, el cuadro que podríamos presentar de los toltecas seria el mas risueño, el menos cargado de sombras, el mas bien concluido. Pero, por desgracia, existe un indicio vehementemente para sospechar que practicaban ese acto sangriento exigido por una religion que ellos no tenían la culpa de tener. Las señales poderosas que arguyen que los toltecas sacrificaban á sus dioses víctimas humanas, aun cuando fuese en muy escaso número, se encuentran en las ruinas de los magníficos templos que levantaron á sus divinidades. El respetable baron de Humboldt, observador profundo, cuya opinion sobre las cosas de la América es justamente de todos respetada, no duda en asentar, al ocuparse de las ruinas de Teotihuacan, que los toltecas practicaban sacrificios humanos. «Cada uno de los cuatro altos principales de los templos del sol y de la luna,—dice,—se dividia en gradas pequeñas de un metro de alto, y de las cuales aun quedan rastros cubiertos con pedazos de ob-

sidiana, que serian, sin duda, los instrumentos cortantes con los que, en sus bárbaros sacrificios, los sacerdotes toltecas y aztecas abrian el pecho á las víctimas (1)».

Dejando al lector en el libre derecho de que juzgue como más lógico crea conveniente en este punto en que los historiadores solo pueden guiarse por conjeturas mas ó menos persuasivas, volvamos á ocuparnos de la marcha que los gobernantes siguieron observando en la direccion de las cosas del Estado.

1042. Elevado al trono, como antes dejamos in-
 Tepancaltzin,
 8.º rey tolteca. dicado, el nuevo rey Tepancaltzin, no desmerecieron los primeros dias de su reinado, de los buenos de sus predecesores. Casto y rígido con su persona, era el modelo que trataban de imitar sus gobernados. El descubrimiento de un producto que mas tarde debia constituir un ramo de riqueza inagotable en la region de Anáhuac, llegó á aumentar el cultivo de inmensos terrenos eriales. El descubrimiento llegó á hacerlo un pariente del rey llamado *Papantzin*, extrayendo del tronco del maguey un licor blanco, suave y espeso, denominado *pulque*. Contenido de aquel descubrimiento que proporcionaba á sus compatriotas una bebida sana y estomacal, que hoy equivale al vino en nuestra Europa, se lo comunicó á su hija *Xochitl* (Flor), hermosa y encantadora jóven llena de modestia y de virtud. La graciosa *Xochitl* juzgó que aquel descubrimiento era digno de especial estima; y su satisfecho padre, abrigando la misma idea, y no dudando que el rey recibiria la noticia con no-

(1) Humboldt. *Ensayo político sobre el reino de Nueva-España*.



J. F. Farrés - Editor

H.M.

Lit. M. Pujadas - Barcelona.

LA HERMOSA XOCHITL. Descubrimiento del Pulque.

table agrado, preparó el nuevo licor, y colocándolo en una aromática vasija, se dirigió con su bellísima hija á presentarlo á su real pariente y soberano.

El rey se enamora de la hermosa Xochitl. El rey Tepancaltzin quedó prendado del descubrimiento hecho por su industrioso deudo Papantzin; pero lo quedó aun mucho mas de la seductora hermosura de la hechicera *Xochitl*, verdadera flor como su nombre, que ostentaba en sus labios el carmin de los claveles, y en sus pudorosas mejillas el apacible color de la naciente rosa.

Era la vez primera que el monarca veia á la modesta y simpática hija de su pariente Papantzin, en cuyos ojos grandes y negros, velados por arqueadas y largas pestañas, se descubria el fondo de un alma tierna y sencilla, como lo es el alma de la mujer en los primeros albores de la risueña juventud.

El monarca no acertaba á separar la vista de aquella jóven encantadora, en cuya serena frente, que hacia mas serena aun el negro y abundante cabello que embellecia su bien formada cabeza, se reflejaban el talento y la bondad.

El rey, cautivado por las gracias de la hermosa *Xochitl*, prodigó al descubrimiento hecho por su padre los mas lisonjeros elogios, procurando atraerse con ellos el cariño de aquel sér que habia conmovido profundamente su corazon.

La graciosa jóven y su amoroso padre, despues de haber escuchado con grata satisfaccion los plácemes del monarca por el reciente descubrimiento, se retiraron de la presencia del soberano, que, extasiado de placer, siguió